



**SEGLARES CLARETIANOS**

*Cuadernos de Formación Permanente*

**Nº 1**



**EL MATRIMONIO,  
BUENA NOTICIA  
Y  
LUGAR TEOLÓGICO**



*Seglares Claretianos  
Región Norte*

## Índice

1. Introducción	3
2. Soñando juntos el futuro	6
3. Amar es también una decisión	8
4. Confianza y escucha claves de la comunicación	10
5. Varón y mujer los creó	12
6. El matrimonio puede vivirse como sacramento	15
7. Poner la relación en el centro de al vida conyugal	19
 Bibliografía	 22

*Este artículo está escrito por José Vico Peinado, cmf*

*Madrid, octubre 2003*

## BIBLIOGRAFÍA

- R.CALVO, *Cara a cara*, Sígueme, Salamanca 1990  
 R. CALVO, *Energía familiar*, Sígueme, Salamanca 1991  
 J. VICO, *Acompañar al amor conyugal*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1997  
 J. VICO, *Liberación sexual y ética cristiana*, San Pablo, Madrid 1999  
 J.A. PAGOLA. Originalidad del matrimonio cristiano. Idatz, Donosita 1995

## I. INTRODUCCIÓN

El título de este escrito puede resultar chocante para quienes están al cabo de la calle y saben que los estudios sociológicos no avalan precisamente una concepción optimista respecto al matrimonio. Este tipo de estudios hablan de la crisis institucional y personal que aqueja a muchas parejas. Y hay que tenerlos en cuenta, si no queremos ser ingenuos. Pero, por otra parte, si tampoco queremos ser pájaros de mal agüero y profetas de desventuras, anunciando que una vida como ésta tiene los días contados, y lo que pretendemos es ofrecer caminos para superar las dificultades, no podemos contentarnos con el análisis de la realidad. Tenemos que mirar más allá de los hechos: de lo que tiene lugar. Justamente tenemos que mirar a la utopía, es decir, a lo que todavía no tiene lugar, pero que puede irlo teniendo progresivamente, en la medida en que se trabaja denodadamente por plasmar, en la historia real y concreta de la pareja, las virtualidades de su vocación matrimonial. Ésta no es una utopía idealista. Es, ciertamente, una utopía, porque vive de la convicción de que siempre es posible mejorar la calidad del amor conyugal. Pero es una utopía realista, porque quienes están convencidos de ello se ponen manos a la obra para que así sea.

Sólo desde esa perspectiva se puede afirmar del matrimonio que es buena noticia y lugar teológico. Lo de “buena noticia” evoca y rememora la Buena Noticia del Reino proclamada por Jesús. Quienes se casan “en el Señor” tienen, como meta de su tarea, la de amarse entre ellos como el Dios y Padre de Jesús les ama y, desde ahí, irradiar a toda la comunidad eclesial y humana el amor sponsal con el que Dios ama a su



Pueblo y Cristo a su Iglesia. Así que, quien quiera conocer el amor esponsal del Padre y del Hijo, ha de dejarse conducir por el Espíritu a la cercanía con esas parejas que ponen su relación en el centro de su vida y se ofrecen mutuamente un amor de progresiva calidad evangélica. A esto alude lo de “lugar teológico”, en cuanto perspectiva desde el que se tiene más fácil acceso a cómo es el Dios del Reino.

Esta utopía es como un billete grande que hay que poner en la calderilla del vivir diario. El texto que tienes a la vista no tiene otra intención que la de ayudar en el proceso de crecimiento de esa vida en relación que es el matrimonio. Se trata de ofrecer un material para que pueda ser trabajado en diálogo conyugal. Se parte de un texto bíblico, que señala la meta del itinerario de la espiritualidad conyugal y que conviene leer y reflexionar al principio de cada encuentro. Los otros temas intentan dar cuerpo a esta espiritualidad.

### Resonancia bíblica



*“Sed sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo. Las mujeres a sus maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es Cabeza de la Iglesia, el salvador del Cuerpo. Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo.*

*Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada. Así deben amar los maridos a sus*

también cuánto pueden cambiar quienes pongan las manos en este mismo arado.



### Resonancias bíblicas

“El Reino de los Cielos se parece a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo” (Mt 13, 33).

### **Preguntas para compartir**

¿Consideras a tu cónyuge como tu número uno y la relación con él/ella como el centro de tu vida? Si no es así, ¿qué o quién ocupa su lugar? Dialogadlo abiertamente, en confianza y escucha. ¿Oráis juntos en la presencia de Dios, haciendo hueco para que Él se haga presente a través de vuestra vida conyugal y os conduzca a la plenitud de vuestra relación? ¿Cómo podríais mejorar la calidad de vuestra propia oración? ¿Qué efectos tiene para vosotros llevar un estilo de vida dialogante? ¿Lo lleváis realmente? ¿Cómo lo podríais mejorar? ¿Qué significa para vosotros construir vuestro amor sexual? Poned ejemplos de vuestra vida ordinaria. ¿Estáis convencidos de que vosotros podéis cambiar vuestro mundo? Haced balance de los cambios que vosotros habéis experimentado desde que formáis pareja y de vuestros deseos y esperanzas para otras parejas que conocéis.

de la vida era para ellos fuente de un gozo indescriptible. Pero eran bien conscientes de que este gozo era fruto de un trabajo que había que reiniciar a la salida del sol de cada día y no terminarlo hasta su ocaso.

La espiritualidad conyugal cristiana no es como la de los monjes, aun cuando pueda haber elementos comunes. Es algo propio. Se alimenta también, como la de cualquier otra forma de vida, en la oración, pero ésta será una presencia en pareja delante de Dios, que supera con creces eso de hacer oraciones cada uno por su lado. Se alimenta también de vivir un estilo de vida dialogante, que es algo más que entablar diálogos entre ellos en algunos momentos. Y se nutre de la lucha por construir ese amor sexuado y sexual, que hace de cada encuentro una celebración gozosa, preparada a lo largo y ancho de las jornadas, con una presencia de ternura exquisita.

Una espiritualidad como ésta hace bien a la iglesia y al mundo. A la iglesia, porque, cuando se pone el centro de los intereses en vivir la relación conyugal como Cristo ama a su Iglesia, se presenta, a quienes están en su cercanía, una perspectiva nueva del evangelio. Ellos pueden percibir un rostro de Dios diferente. Más “en bata y zapatillas”, paseándose por su hogar, y sabrán experiencialmente eso que decía el profeta Isaías: “la alegría que encuentra el marido con la esposa, la encontrará tu Dios contigo”. El matrimonio resulta ser un “lugar teológico”, desde el que un buscador de Dios puede encontrarle.

También hace bien a un mundo que necesita urgentemente implantar una “civilización del amor”. Cuando una pareja así dice: “nosotros podemos cambiar el mundo”, no está diciendo ninguna tontería, fruto de su autosuficiencia. Desde su trabajo por poner la relación en el centro de su vida, saben cuánto han cambiado ellos y

*mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su Cuerpo. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia” (Ef 5, 21–32).*

El texto establece un paralelo entre el matrimonio humano y la unión de Cristo con la Iglesia. Los dos términos de la comparación se aclaran mutuamente: a Cristo se le puede llamar esposo de la Iglesia, porque es su Cabeza y la ama como a su propio cuerpo, como sucede entre marido y mujer. Una vez expuesta esta comparación, ofrece entre líneas un modelo ideal del matrimonio humano, que ha de ser vivido en una profunda relación de amor. El simbolismo empleado no es del todo nuevo. Hunde sus raíces en el Antiguo Testamento, donde Israel aparece con frecuencia como Esposa de Dios (Os 1, 2ss).



A nuestra mentalidad puede extrañar que en los primeros versículos se llame a la mujer a la sumisión. No es fruto de una postura antifeminista, que considera a la mujer como inferior al varón. Prueba de ello es que, al inicio, se recomienda que estemos todos (varones y mujeres) sometidos los unos a los otros. Esta “sumisión” sólo puede entenderse desde el conjunto del mensaje evangélico, que pide que quien quiera ser el primero se haga el servidor de todos (Mt 20, 27) y que exige que todos nos revistamos de humildad en el servicio del mutuo amor (I Pe 5,5). Por consiguiente, lo que se quiere decir es que tanto el marido como la

mujer han de procurar una relación de amor tal, que se parezca a la que Cristo ofrece a su Iglesia y ella está llamada a ofrecerle a Él.

## 2. SOÑANDO JUNTOS EL FUTURO

Cuando un hombre y una mujer se conocen y se enamoran, normalmente viven un romance y se sienten plétóricos el uno ante la otra. Experimentan vivencialmente que sus necesidades afectivas de ser amados y de ser valiosos están satisfechas a tope. Saben gozosamente que se pertenecen mutuamente, hasta el punto de que les cuesta un montón separarse físicamente, cuando tienen que hacerlo. Siendo él y ella sí mismos, cada uno se experimenta como único y especial para el otro. La comunicación entre ellos, centrada en los sentimientos y hecha a base palabras y de gestos, de miradas cómplices y de contactos físicos, es íntima y fluida. No hay temor a abordar ningún tema. Aunque a veces discutan y se confronten, nunca llega la sangre a río. Saben que no pueden estar el uno sin el otro. Se pertenecen. Se quieren y quieren quererse, y esto hace que en las peleas, después de la tempestad, venga la calma. Más aún, a veces, tienen la sensación de que la relación se hace más fuerte, después de cada chaparrón. Todo esto les hace sospechar que su relación es única y que se parece poco a la que otras personas de su entorno han vivido. Haberse encontrado puede ser interpretado como una chiripa de la vida. O, si se es creyente, como una gracia de Dios. Una gracia que aporta ilusión y chispa a la vida de cada día.

El único temor es que la relación pueda romperse o, lo que sería quizá peor, vivirse de manera ramplona y rutinaria. Por eso, sueñan y proyectan cómo va ser su futuro. Sueñan con una relación fuerte a prueba de bomba. Nada ni nadie podrá separarlos.

## 7. PONER LA RELACIÓN EN EL CENTRO DE LA VIDA CONYUGAL

Cuando se habla de espiritualidad conyugal, existe un doble peligro. El primero es el de contraponer espiritualidad y materialidad. El segundo, confundir la espiritualidad conyugal con la espiritualidad monacal. Desde el primer peligro, se identifica la espiritualidad con el hecho de dedicarse a asuntos espirituales, sean o no religiosos, por contraposición a los quehaceres materiales, que ocupan el resto de la jornada. Desde el segundo peligro, cuando se habla de espiritualidad, se intentará cultivar una que imite la de quienes se considera que son los especialistas de ella, es decir, los monjes/as y, en otra escala inferior, la de los religiosos/as.

En cierta ocasión, pregunté a un matrimonio qué era para ellos la espiritualidad conyugal. Inmediatamente la mujer me contestó que, para ella, era la diferencia entre pelar patatas y pelar patatas. Me debió ver con cara de circunstancias y, a renglón seguido, me explico que el hecho de pelar patatas era idéntico, sin embargo no eran los mismos sentimientos los que se le producían, cuando pelaba patatas desde una buena relación entre ellos, que, cuando lo hacía, mientras estaba en una relación de baja intensidad o rota. Me dejó claro que la espiritualidad de ellos dependía de si tenían una relación “fina” y la colocaban en el centro de su vida, como el arquero que apunta al centro de la diana. Entonces, toda la realidad se iluminaba y los quehaceres de cada día adquirirían motor y fuerza para seguirlos haciendo. Ya no representaban una carga pesada, sino un peso ligero, que les hacía patente lo del evangelio: “venid a mí los que estáis agobiados, porque mi yugo es suave y mi carga ligera”. Vivir una relación calidad y ponerla en el centro

trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. Y aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve.

El amor es paciente y bondadoso; no tiene envidia, ni orgullo, ni jactancia. No es grosero, ni egoísta; no se irrita ni lleva cuentas del mal; no se alegra con la injusticia, sino que encuentra su alegría en la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta. El amor no pasa nunca. (Cor.13, 1-8)

### Preguntas para compartir

Rememorando el día de vuestra boda, ¿qué fue lo más significativo y cómo os veáis a vosotros mismos, al sacerdote y a los invitados? En este momento y, a pesar de los vaivenes en vuestra relación, ¿seguís comprometidos a ser juntos el reflejo más vivo posible del amor gratuito de Dios por su Pueblo y de Cristo por su Iglesia? ¿Cómo podríais hacer más significativo vuestro compromiso? ¿Consideráis que en vuestra relación de pareja tenéis “brillo” evangélico? ¿Lo perciben así quienes viven cerca de vosotros?

Vivirán juntos los buenos y los malos momentos que la vida les depare. Habrá una comunicación transparente entre ellos, sin concesiones a los miedos o a las desconfianzas. Envejecerán físicamente el uno junto a la otra, pero seguirán siendo en su intimidad tan juguetones como lo son ahora. Afrontarán unidos todos los problemas y las dificultades, que les puedan venir de su entorno. Se acompañarán y ayudarán en todo con solicitud y esmero recíprocos. Serán dos en una sola carne y un solo espíritu. Entre ellos no tendrá cabida la soledad, ni el aislamiento. Construirán un hogar cálido para ellos, para sus hijos, fruto de su amor, y para los amigos. Lo diseñarán con esmero y atención a los detalles. Así serán felices y harán felices a quienes se acerquen a ellos.



### Resonancia bíblica

“Como un joven se casa con su novia, así te desposa el que te construyó; la alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo” (Is 62, 5).

### Preguntas para compartir

Rememorando vuestro noviazgo, ¿cuáles fueron tus sueños y vuestros sueños para el futuro? Descríbelos y compártelos. ¿Cuáles se han cumplido y cuáles no hasta el momento presente? ¿Cuáles son tus sentimientos acerca de esto? ¿A qué crees que se debe la situación actual? ¿Qué tendrías que hacer o dejar de hacer para mejorar la calidad de vuestra relación en este momento? De todo esto, ¿qué te comprometes a cambiar en un plazo breve de tiempo? ¿Cómo puedes ser ayudado en este compromiso?

### 3. AMAR ES TAMBIÉN UNA DECISIÓN

Los primeros años de vida conyugal suelen ser de bonanza, a pesar de que no faltan dificultades. Los sentimientos de mutua pertenencia siguen estando presentes. Sin embargo, con el paso del tiempo y el roce de la convivencia, se pueden producir ciertas desilusiones, quizá por cosas pequeñas, que ya no se dialogan, ni se comparten entre ellos, bajo la sospecha de que sería peor el remedio que la enfermedad. Se llega así a pequeñas o grandes zonas de incomunicación en la vida de la pareja. Poco a poco la desilusión crece y se desarrolla. Y deja el alma herida de soledad a quienes viven, en cierto modo, vidas paralelas como casados-solteros. Se tiene el presentimiento de que uno, o los dos, se han equivocado. La máquina de hacer juicios, culpabilizadores del otro, se pone en funcionamiento. Y comienzan los mensajes “tú” (“es que tú...”). Se empieza a pensar que las cosas serían distintas, si el otro cambiara. Al fin y a la postre, se dice, la relación es cosa de dos y cada uno ha de poner el 50% para que la relación funcione. Así se vive a la espera de que el otro ponga su 50% para poner yo el mío, mientras la desilusión crece.



La desilusión es un sentimiento. Y hay que ser conscientes de que, aunque los sentimientos no son ni buenos ni malos —en cuanto reacciones espontáneas y expresión de la satisfacción o insatisfacción de nuestras necesidades afectivas—, pueden hacernos cambiar el rumbo de nuestra vida, si nos dejamos conducir por ellos, transformando el amor en desamor. Por eso, es tan importante reconocerlos, llamarlos por su nombre y apellidos y aprender a compartirlos y encauzarlos responsablemente para que sean constructivos y no destructivos. Porque los sentimientos son como los vientos, que soplan adversos o favorables en una barca

que pueden decir con verdad: “nosotros somos la iglesia”. Y es que, efectivamente, son una pequeña iglesia con vocación de convertirse en una iglesia doméstica, dentro de la iglesia grande. Pero lo son por la calidad de su relación de amor, que puede ponerse de manifiesto en cualquier momento de su vida, y no sólo porque se casaron en un templo. La belleza y la luz radiante del evangelio es lo que pretenden que empape su relación de amor. El evangelio se convierte así en la escuela de su vida conyugal. Una escuela en la que primordialmente no se aprende con la cabeza, sino en la que se configura la vida entera de la pareja, que intenta dejarse conducir por la Palabra de Dios para hacer que su vida se ocupe en los asuntos del Señor y en la búsqueda del Reino. En la medida en que lo logre, la pareja tendrá “brillo” e invitará a otros a vivir de la misma manera. Puede que la única página del evangelio que pueden leer algunos es la que se encarna en la vida de parejas como ésta.

#### Resonancias bíblicas



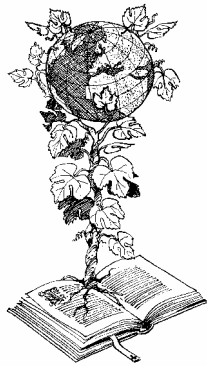
“Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada” (Ef 5, 25-27).

“Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como campana que suena o címbalo que retiñe. Y aunque tuviera el don de hablar en nombre de Dios y conociera todos los misterios y toda la ciencia; y aunque mi fe fuese tan grande como para



para que Dios bendiga su unión, a través de su ministro. Éstas son tres formas posibles de vivir el amor en pareja. Pero todavía hay una cuarta posibilidad, que es la de vivir en la comunidad eclesial el matrimonio como un sacramento, del que la pareja es ministro.

Cuando una pareja se casa “en el Señor”, comunica a su comunidad humana y cristiana, de manera explícita y, si se quiere, oficial, su compromiso de querer quererse y de trabajar su relación, para que se convierta en un fiel reflejo del amor gratuito con que Dios ama a su Pueblo y Cristo ama a su Iglesia. Ése es el momento de la boda. La comunidad hace de testigo de esta resolución. Quien preside la asamblea también es su testigo, todo lo cualificado que se quiera, pero, al fin y al cabo, testigo. Los miembros de la pareja son los verdaderos protagonistas, no por sus trajes de fiesta, ni por lo vistoso que pueda quedar todo, sino por su compromiso relacional. En términos clásicos: ellos son los ministros de ese momento inicial del sacramento. Pero el sacramento es algo mucho más comprometedor que la pura celebración litúrgica. También es mucho más duradero que lo que la pareja vive en esos momentos gozosos de su boda. Su sacramento es una realidad permanente. Porque a lo que se comprometen es a vivir su relación de amor como un signo vivo de la gracia de Dios, en la comunidad de seguidores de Jesús, tanto entre ellos mismos cuanto para los demás, sean creyentes o no lo sean. Y serán signo vivo, si, en el día a día, su amor está avalado por una relación tal, que refleja, como en un espejo, el “como yo os he amado” de Jesús. Como miembros de una comunidad eclesial, toda ella sacramento de Cristo y del Padre, luchan y trabajan por vivir en su relación esta misma realidad sacramental, hasta el punto de



velera. El buen navegante conoce los vientos, habla de ellos con sus colegas y les da la importancia debida: ¡son su motor! Pero sabe perfectamente que ellos no le marcan la dirección del puerto. Un velero sin timonel puede hundirse. Un matrimonio sin cónyuges responsables, también. Hay que ir más allá de los sentimientos, con los ojos vigilantes y fijos en el puerto: construir día a día la relación. Con sentimientos favorables o desfavorables hay que tomar la decisión de amar al otro, sin esperas y poniendo el 100% de lo que uno puede poner para mejorar y hacer crecer la vida en relación. Hay que superar el miedo a compartir los sentimientos cualesquiera que sean, sin culpabilizarse ni culpabilizar al otro, lanzando mensajes “tú”. Sólo así se evitará la incomunicación de vidas paralelas, en cuyo humus crece la soledad del casado-soltero. Sólo así se puede recuperar el júbilo del romance, después de haber pasado la crisis de la desilusión.

### Resonancia bíblica



“Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás a Dios. Me compadeceré de ‘No-compadecida’ y diré a ‘No-mi-Pueblo’: Tú eres ‘Mi Pueblo’; y él dirá: Tú eres ‘Mi Dios’” (Os 2, 21-25).

“Rut le dijo: No insistas más en que me separe de ti. Donde tú vayas, yo iré; donde tú vivas, yo viviré; tu pueblo es mi pueblo, y tu Dios es mi Dios; donde tú mueras, moriré y allí me enterrarán. Juro hoy solemnemente ante Dios que sólo la muerte nos ha de separar.” (Rut 1, 16-17)

### Preguntas para compartir

Hablando desde ti mismo/a, ¿qué síntomas de desilusión y de rutina percibes en tu vida conyugal de cada día, si es que se dan, y cómo te sientes ante ellos? ¿Qué nota pondrías, en estos momentos, a vuestra comunicación? ¿En qué áreas se hace más difícil vuestra comunicación y cuáles son vuestros sentimientos acerca de ella? ¿Qué cambios tendrías que hacer para que vuestra comunicación fuera más fluida y gratificante? ¿Cuáles han sido los efectos en ti y en vuestra relación de tomar la decisión de amar gratuitamente al otro, más allá de los sentimientos adversos que tenías en esos momentos? Centrado en una situación concreta, describe y comparte estos efectos.

## 4. CONFIANZA Y ESCUCHA CLAVES DE LA COMUNICACIÓN

Cualquier pareja es consciente de que la intimidad compartida es esencial para la relación de amor en la vida conyugal. Estar desnudo frente al otro puede ser un signo de esta intimidad compartida. Sobre todo, cuando los esposos se desnudan no sólo físicamente, sino que también se desnudan en lo que hacen, piensan, sienten y son, en esos precisos momentos. Entonces abren de par en par las puertas de su intimidad y pueden ofrecerse recíprocamente en totalidad, a través de sus palabras y de sus gestos, alcanzando la mayor cercanía posible. Saben que, cuando son aceptados y acogidos por el otro —sin rechazos manifiestos o encubiertos y sin falsas tolerancias, que crean

todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor” ( I Jn 4, 7-8).

### Preguntas para compartir

Haciendo balance de vuestra vida en común, ¿podéis decir que os ha hecho felices? ¿A qué se debe? ¿Cómo podríais mejorar la calidad de vuestra relación? ¿Qué tipo de amor necesitas que te dé tu cónyuge? Descríbelo, poniendo ejemplos concretos. ¿Es éste el tipo de amor que tú le ofreces a él? ¿Cómo te sientes ante esto? ¿Quién de los dos es más propenso a “llevar archivo” y cómo se siente el otro, cuando lo utiliza? ¿Cómo te trabajas a ti mismo/a para que tu relación conyugal no esté basada en lo que te sugieren las reacciones espontáneas? Pon algunos ejemplos concretos. ¿Cuáles han sido los efectos en ti y en el otro/a?

## 6. EL MATRIMONIO PUEDE VIVIRSE COMO SACRAMENTO

La relación de amor puede vivirse de manera individual, sin conceder importancia a sus aspectos sociales e institucionales. Así la viven las “parejas de hecho”, que, según dicen, no quieren perder el tiempo en cuestión de papeleos. También la relación conyugal puede vivirse sólo “de tejas para abajo”. Así la viven quienes no tienen fe o, estando despegados de la Iglesia, prefieren pasar por el juez más que por la vicaría. Otros se casan “por la Iglesia”, no sólo porque resulta más vistoso —que también los hay—, sino porque consideran que son creyentes y “hacen el rito”

hecha a su imagen y semejanza. Que sea una relación de amor, porque Dios es Amor. Pero también quien no es creyente puede reconocer que una relación de calidad es tanto como una relación de amor y que esto es válido para cualquier hombre, sea varón o mujer, y para cualquier forma de vida que se adopte, sea célibe o casada. Desde estos parámetros, se ve con claridad que el célibe no puede vivir su vida como una cámara frigorífica, sin amar a nadie, siguiendo aquello de que “buey suelto bien se lame”. A los ojos del no creyente, esto le puede parecer evidente. También puede aparecerle claro que el célibe tiene que amar con un amor en calderilla, hecho a base de responsabilidad, de ternura y de detalles hacia la gente de carne y hueso, que se pone en su camino o en cuyo camino se pone él. Lo que añade la fe es la convicción de que el célibe que así vive, reflejará a Dios con su vida. Y lo mismo se puede decir de la relación conyugal. La vida en pareja —en cuanto encuentro responsable en reciprocidad del varón y la mujer, sean creyentes o no lo sean— reflejará a Dios, si lo que se ofrecen es un amor gratuito, que no lleva archivo del mal, que respeta sin límites y acoge en la mayor cercanía posible al otro. Lo que pasa es que, para vivir así, hay que trabajar la relación, yendo más allá de lo que sugieren las reacciones espontáneas y las formas de comportamiento habituales de cada uno. Y éste es un trabajo personal e intransferible, como el carnet de identidad, en el que ni Dios mismo puede sustituir. Su fruto es una relación de calidad: una relación que es un cielo, en la que Dios se hace presente, aun cuando los protagonistas ni siquiera caigan en la cuenta de ello.

### Resonancia bíblica

“Y creó Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó; varón y mujer los creó” (Gen 1, 27). “Amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y



educadas distancias entre ellos— se compenetran de tal forma que no hay soledad, sino compañía.

Lo que pasa es que, al “quitarse la ropa” —o, en algunos casos, la coraza protectora—, se vuelven vulnerables. Arriesgan quedarse sin defensas en sus puntos débiles y que al otro se le sirvan en bandeja de plata las armas para herir donde más pueda doler. Para correr ese riesgo hay que decidir confiar y creer en el amor y en la bondad del otro, yendo más allá de las experiencias negativas que puedan haberse acumulado a lo largo de la convivencia juntos. En estas circunstancias, creer en el amor del otro y ofrecerle una nueva oportunidad puede convertirse en un “acto de fe”. En una llamada a vivir, de manera personal e intransferible, eso de que las experiencias negativas se pueden curar y se redimen a base de poner el amor como centro de la relación. Para lo cual se hace imprescindible la acogida del cónyuge, mediante una escucha con el corazón. Y ésta no se practica de cualquier manera. No es sólo una escucha de lo que la persona dice, sino que es la escucha de quien lo dice, que es la persona amada, con los sentimientos que la acompañan, expresados en palabras y gestos. Es una escucha que intenta calzarse los zapatos del otro, poniéndose en su lugar y metiéndose en su piel. No es la escucha, llena de parásitos, surgidos de la forma habitual de comportarse, sino que es la nacida del olvido de sí mismo para dar cabida al punto de vista y a los sentimientos del otro. Lo cual no significa venderse para evitar una posible confrontación. Lo único que significa es la pretensión de alcanzar al otro. Hacerse cargo de su realidad para no hablar como si se estuviera jugando a una partida de pin-pon. Así, decidir confiar y tratar de escuchar con el corazón se convierten en la llave que abre las puertas al diálogo amoroso y en vehículo de una comunicación enriquecedora.

**Resonancia bíblica**

“Os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne” (Ez 36, 26).

“Sois elegidos de Dios, pueblo suyo y objeto de su amor; revestíos, pues, de sentimientos de compasión, de bondad, de humildad, de mansedumbre y de paciencia. Soportaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga motivos de queja contra el otro. Del mismo modo que el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo, revestíos del amor que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones; a ella os ha llamado Dios para formar un solo cuerpo. Y sed agradecidos. (Col. 3, 12-15)

**Preguntas para compartir**

¿Qué implica para ti y para vuestra relación tener un corazón nuevo? Describe y comenta alguna situación en la que has confiado, a pesar de todo, en la bondad y el amor de tu cónyuge. ¿Cuáles han sido los efectos para ti y para vuestra relación? Describe y comenta con tu pareja alguna situación en la que te has creído escuchado/a con el corazón. ¿Cómo te ha hecho sentir esa escucha y que efectos ha tenido para ti y para vosotros? Teniendo en cuenta estos sentimientos y estos efectos, ¿qué cambios necesito hacer en mi vida para escuchar y acoger mejor a mi cónyuge?

**5. VARÓN Y MUJER LOS CREÓ**

Todo hombre está llamado a vivir en relación. Y, cuanto más calidad tiene ésta, más gratificante resulta. La relación, en principio, es camino de felicidad. En cambio, la soledad-aislamiento no hace feliz a nadie, aun cuando cualquiera necesite espacios de soledad-creativa para serlo. Estamos hechos de esta pasta. Por eso, el encuentro del varón y la mujer es un don. Una posibilidad que ofrece la vida. Pero una posibilidad, que los interesados pueden convertirla o bien en fuente de un gozo inmenso, o bien en una cadena de sufrimientos sin cuento. Todo depende de la calidad de la relación con la que se vive este encuentro. Si uno, o los dos, viven como niños caprichosos, muy atentos a lo que esperan recibir y con telarañas en la memoria para lo que han de dar, la desilusión y la soledad serán el pan nuestro de cada día. Por el contrario, si, como adultos y responsables, los dos trabajan su relación para limpiarla de parásitos egocéntricos, procurando cada uno ser fuente de felicidad para el otro, en los mil y un detalles de la vida cotidiana, sin compraventas de ningún tipo, entonces pueden palpar el júbilo que les ofrece la cercanía del encuentro, tanto como la que se irá dando con el paso del tiempo. En las manos de la pareja está el hacer de su relación un nido de amor o un nido de víboras. Es su responsabilidad. Y nadie puede sustituirla. Ni siquiera Dios mismo.



Para el creyente, Dios es el artífice de la posibilidad de encuentro, ofrecida al hombre. Desde esa convicción de fe, sabe que Él ha querido que los hombres vivamos en relación. Pero no en una relación cualquiera, sino en una que le refleje a Él: que esté